

Laberíntica Sofía

Daniel Serrano

Personajes:

Sofía

Joaquín

Vagón de tren.

Sofía: Soy actriz. Descubro el universo a través de la poesía que lo impregna. Solo con respirar, transpiro. Puedo hacer una obra con sólo pararme en el escenario, y parpadear durante 48 minutos con el ojo izquierdo, y a los 49, cambiarle al ojo derecho. No hay que pensar en el escenario, porque el público se puede confundir. No hay que contar una historia, porque la esencia esta en la epidermis. Aquí venimos a echarles a andar los sentidos. Antes me gustaría decirles cómo es que llegué hasta aquí. No hablo del espacio físico, sino del espacio que me tocará ocupar en la historia de la teatralidad mexicana. Así que lo primero que hay que saber es que esta fábula comenzó en un tren. Yo iba rumbo a Mérida, donde decían que Mel Gibson ahora sí iba a filmar una película en México. Bueno, no sería la primera película que Mel Gibson filma en nuestro país, pero a lo que se referían es que ahora sí iba a filmar una buena película en México. Se decía que iba a filmar algo así como una historia shakesperiana mezclada con los mayas. Todos temían que otra vez quisiera hacerla de Hamlet, y muchos lo criticaban: ¿Qué le pasaba a ese pendejo? ¿No había aprendido la lección? Ese pendejo que tenía no sé cuántos millones de dólares en el banco... ¿Del mismo

pendejo estamos hablando? Pero ademas todos esos pendejos que lo criticaban, corrían, como yo, a hacer el casting para la película. Decían que había un papel para una chica con rasgos mexicanos. En los tiempos de la igualdad, el rasgo mexicano significa nada más que hayas nacido en México, de papás mexicanos, y de preferencia de abuelos también mexicanos. Cuando mucho, de abuelos españoles, pero de preferencia no. Lo más complicado era que el acento en inglés no se notara muy inglés... ni muy gringo. Querían que sí tuviera un acento mexicano. También era necesario que supiera cantar. Nada potente, nada como Ariana Grande, pero que una fuera entonada. Otro plus, era que ese personaje, para el que yo iba a hacer casting, todo el tiempo interactuaba con Mel Gibson.

Ya está muy viejito, me dijo Aníbal.

¿Y qué chingados, dije yo? A esos viejitos nunca hay que hacerles el fuchi.

El caso es que yo cumplía todos los requisitos cabalmente, así que me embarqué. No tenía mucho dinero, por eso decidí irme en tren. Eso me iba a permitir ahorrar un poco de dinero por si me tenía que quedar en Mérida para el “callback”, que es cuando pasas a una segunda ronda. Que te llamen a “callback” siempre son buenas noticias. Pero no hay que adelantarse, pues. Si bien, llegar en tren me iba a llevar por lo menos unos tres días, porque además en la ciudad de México tenía que hacer un transborde, tampoco tenía mucha prisa por llegar, porque... el tiempo... se va... haciendo lento... Percibo un aroma... Espeluznante... Hermosamente espeluznante... No quiero voltear la cabeza... Tampoco quiero que el dueño de ese aroma sea el señor calvo de 50 años que está en dos asientos frente a mí, leyendo un libro de Og Mandino. No quiero que sea el boleterero del tren, un viejo, guapo eso sí, pero viejo. Tampoco quiero que sea la

mujer esa caída en desgracia con dos niños como de siete y cinco años, que parece que lo que le urge es pasar por el desierto para poder tirar a esos chamacos por la ventana. No, por favor, que no sea ella. Detrás de mí se escucha una puerta que se cierra. Entonces tengo que sacar cuentas. Es decir, si antes no había percibido ese aroma, y su llegada coincide con el sonido de la puerta que está a mis espaldas, pues entonces el dueño -que sea bato, por favor- de ese aroma está detrás de mí. El reojo no me da para verlo. Tengo que necesariamente voltear la cabeza. Y eso me da miedo. ¿Y si me quedo con el aroma metida en lo más profundo de mi tabique nasal? Porque podría ser como cuando conoces a los locutores del radio. Tienen una voz muy potente, muy modulada, que con un “mi amor” pueden mandarte a la luna directamente, pero que cuando los conoces, resulta que diosito se encargó de descompensarlos con el físico. Sobre todo con los cuerpos. Panzones y desnalgados. Es una constante. Y bueno, la panza, pues se trabaja, ¿pero las nalgas? En ese momento le vi las nalgas al viejito guapo recoge boletos, y cerré los ojos para disfrutar de ese aroma especial.

¿Cuánto tiempo nos falta para llegar a la siguiente ciudad?

Dos horas, me dijo el viejito guapo recogeboletos desnalgado.

¿Y si el aroma se baja con todo y cuerpo del que la trae puesta en esa ciudad que está a dos horas de aquí? Bueno, tengo dos horas para descubrirlo. El cuello se me pone tenso, empiezo a sudar un poquito, y entonces puedo imaginar el olor de mi sudor, mezclado con ese aroma espantosamente hermosa. La sangre se me acelera. El cerebro también, e imagina las cosas más fantásticas que pueden suceder en un tren rumbo a Mérida si el dueño de ese aroma está, no guapo, ¡pasable! Con que no tenga

los dientes de granos de pozole, todo marchará sobre ruedas. Me queda una hora cincuenta y cinco minutos para averiguarlo. ¡Y de pronto todo oscuro! El ruido ensordecedor que causa pasar por un túnel. ¡Qué barbaridad! El olor de pronto se esfuma, y el de mi sudor aumenta. Es por un reflejo involuntario que me hizo cubrirme la cara con mi blusa. Y de pronto la luz. El aroma ahora viene del sujeto que está sentado dos lugares frente a mí. Por eso lo veo de espaldas. Porque si estuviera sentado un lugar frente a mí, estaría de frente. Así que solo le veo la cabeza. Pelo abundante sin canas, lo que me hace pensar que no es viejo. Alcanzo a ver sus hombros y sus paletas, lo que me hace pensar que no es chaparro. El recogeboletos guapo viejo y desnalgado viene de frente a él. Allí podré ver por lo menos su perfil, que imagino griego. Pero la vida es cabrona, ¿ya se los había dicho? Y si no se los había dicho seguramente ya lo sabían, porque el recogeboletos, se sigue de largo. ¡Caray! Empiezo a pensar que tengo que hacer algo, porque ya queda una hora con cincuenta minutos.

Joaquín, está sentado de espaldas al público.

Se gira.

Joaquín: Uno, dos, tres puntos en el horizonte. Como si fueran estrellas. Si me concentro, en lugar del traqueteo del tren, puedo escuchar una tersa música, como si los dedos firmes de Olga Scheps se pasearan por mi nuca, queriéndome tranquilizar en este viaje que nadie quisiera hacer. Tengo que concentrarme muy bien para definir si tengo un destino, o tengo un punto de partida. Si voy a volver, o si el motivo es no regresar. Me llamo Joaquín. *(Pausado)* Pero me dicen Alberto, pero a mí me gustaría que me llamaran Gonzalo, como mi padre, que se llamaba Alberto, pero le decían

Gonzalo, solo porque su hermano mayor, que no se llamaba Gonzalo, pero que tenía un gran amigo que se llamaba así, quería que le pusieran ese nombre.

En realidad no importa cómo me llamo. Porque en este momento no tengo percepción de la realidad. Parece que viajo dentro de una lavadora, porque todo gira, y al mismo tiempo todo va para adelante, y yo, sentado como estoy, voy hacia atrás. Voy a Guadalajara, a una supuesta convención financiera, a la que no pienso asistir, porque no me da la puta gana y punto. En realidad no voy a ir, porque el desanimo es tal, que no atinaría siquiera a registrarme en las pomposas mesas para que al final llegue la constancia de asistencia. Y entonces pienso que mi destino será deambular por las calles, buscando un lugar para cenar, que me satisfaga. Pero sé de antemano que no lo voy a encontrar. Y por eso, si cierro los ojos, tengo la imagen de una gran calle sin final, llena de restaurantes, cuyas luces se van apagando cada vez que avanzo por el empedrado de la misma. Son las dos de la mañana, y me cuelgo del reloj de la catedral para que no pase más tiempo. Porque el sol enturbia la mañana. ¡Es el peor momento del día! Hay que levantarse, hay que bañarse, hay que tomar por lo menos un café, y hay que trabajar. Es ya la mañana y huelo a sudor. No soy yo, pero el olor me regresa al vagón de tren que traquetea como si fuera mil novecientos. El desaliento está a punto de llegar y sentarse a mi lado. Lo busco. Hay un señor calvo, que es un buen estereotipo. Una madre amorosa con sus dos hijos y el revisor del tren. Más allá una mujer joven, que no alcanzo a ver bien, porque está justamente tras de mí. Espero que ese desánimo tarde en subir, mientras tanto cierro los ojos, y veo más que con los ojos abiertos. Los tengo que abrir inmediatamente, porque ese desánimo se disfraya de mil figuras que vienen a seducirme el alma. ¡El puto frío que no ayuda, carajo! Mil

figuras deformes, dispuestas a joderme, a empujarme debajo de este tren para que sus ruedas tenaces me aprisionen cada célula y me hagan pedazos. Y las buenas imágenes son de poco fiar, porque se disfrazan de las imágenes que quiero ver. Mi mamá, mi papá, mi gemela. Sonríe, porque me acuerdo de cuando descubrí que yo no tenía que encontrar -por lo tanto ni siquiera buscar- a mi alma gemela, porque ya tenía... Y entonces el pensamiento, que salta de un lugar a otro, me trae de regreso a la tarde que cae mientras el tren avanza con gran ímpetu, queriendo ocultar su vejez... ¡Tanto qué vivir y tan pocas ganas de hacerlo! Voy a intentar poner mis sentidos en blanco, porque finalmente son los que le dan forma al pensamiento, ese que no se está quieto. Allí viene el revisor del tren. Mejor, porque así ya no tengo que darle los boletos más adelante. ¿Por qué todos son señores mayores? Con cara afable, con caminar pausado. De todos modos no tengo ganas de que ningún señor con cara de Santoclás venga a sonreírme mientras cumple con su obligación... ¡Y de pronto pasa de largo, chingado! Estoy empezando a creer en ese rumor de que los revisores de los trenes esperan a que los pasajeros se duerman para pedirles sus boletos. Y nuevamente la tarde se oculta tras la ventana que desdibuja con la velocidad del tren los paisajes alternos. Es decir, sólo la tarde se puede ver con claridad. Las diminutas partículas de tierra se quedan suspendidas en el aire, como si de una coreografía se tratara. Y de fondo el atardecer, rayado en colores cálidos. ¿Por qué hay que llegar a estos confines para poder apreciar lo que la vida nos azota en la cara? Hay un color beige dando un toque al paisaje. Me obliga a seguirlo, me obliga a voltear la cara. Me obliga a ver a la mujer que está detrás de mí. Está dormida. Sonríe. De entrada es maléfico que alguien que duerme, sonría. O tal vez finge que duerme. ¿Para qué

fingirá? Pero sobre todo, habrá que decirle que hay una araña que baja por su telaraña hacia su mollera. No es grande, pero tampoco es pequeña. No la alcanzo a distinguir, aunque parece que no es venenosa. Tampoco se ve inofensiva, pero no hay araña que se vea inocua. Tengo dos opciones. Gritarle para que se despierte y que ella misma mate a la araña, o pararme sigilosamente, e intentar matarla sin que ella se dé cuenta, o que se dé cuenta hasta que el animal haya sido aplastado. Esto tiene sus contras. Si le grito, no va a entender a la primera de qué se trata, y le tendré que explicar que tiene que subir sus manos sobre su cabeza, como una especie de diosa antigua, y luego aplastar al temible arácnido. Para esas alturas ya lo veo temible, porque aunque lentamente, cada vez está más cerca de la mollera de la mujer. Tal vez el método no sea lo más efectivo para acabar con la araña, porque, en la confusión, puede que el bicho caiga más pronto.

El inconveniente de la segunda opción es que, a pesar de que llegue a tiempo y mate a la araña, ella se va a despertar, y la primera visión que va a tener, es a un desconocido casi arriba de ella, que aplaude como foca ante un hecho que no hay que celebrar.

Sofía: Sueño. Profundamente de seguro. Porque no me puedo mover, a pesar de que una araña está bajando por su telaraña hacia mi mollera. No se ve inofensiva. ¿Cuándo una araña se ha visto inofensiva? Tampoco se ve temible, pero no quiero que haga nido en mi cabeza. ¡La mujer de las telarañas en la cabeza, me dicen! El tipo se voltea, lo veo, es guapo, aunque no estoy segura si es el efecto del hermoso aroma el que me hace verlo bello. Me ve, ve a la araña. Es mi única salvación. ¡Otra vez estoy en las mismas! ¡Carajo! Pensando que un hombre es mi única salvación. Pero ahora sí lo juro que lo es, porque de verdad no me puedo mover. El hombre, al que me gustaría

ponerle un nombre, observa alerta. Le voy a poner Francisco, por lo pronto. Será un nombre momentáneo. Si de plano se llama Francisco, pues a lo mejor allí me estaciono.

¡Francisco, tú que todo lo puedes, mueve el culo y mata ese asqueroso bicho que está a punto de quedarse a vivir en mi cerebro!

No se mueve. Su olor es más penetrante. Volteo hacia arriba y veo que la araña voltea a verlo, olfatea. Esto sólo es creíble en un sueño. ¡Y si este cabrón oloroso le tiene fobia a los insectos ya me llevó la chingada! Aunque ve a la araña con determinación, como estudiándola. Su actitud no es de temor. Se agazapa, como si fuera un depredador, como un tigre, o un gato montés. ¿Pero cuándo se ha visto que un felino aceche así a un insecto? La araña lo ve, está desconcertada, pero en sus ojos se ve que estudia todos los escenarios posibles ante ese inminente enfrentamiento a muerte. ¡Lo que significa entonces que si el enfrentamiento es a muerte, el veneno de este bicho es mortal! La volteo a ver, y sí, se le va la panza roja, como si fuera una cabaretera clichetera. Pero esta araña es inmunda. Francisco entonces no la acecha como un felino, sino como un batracio. La imagen de Francisco convertido en batracio difumina inmediatamente su aroma de otro mundo. Por lo tanto, hay que cambiar de atacante de arañas. No hay posibilidad de que sea un zorrillo, pero sí un ave. ¡Un águila! No, no, no, es demasiado para una araña. ¡Un mono! Ellos se los comen como si fueran cacahuates, ¿no? ¡Tal vez un cangrejo! No son rápidos, pero son confiables. Y entonces me quedo pensando en la velocidad del mono y en la inmortalidad del cangrejo, cuando de pronto, ¡Zas! El tipo con cuerpo de mono, cara de cangrejo y olor a ángel celestial salta hacia donde estoy yo, da un giro en el aire, como si fuera un

ninja, mueve las manos con una pericia digna de un cuchillero, y aplasta con sus dos manos a la imberbe araña -porque peluda no era-. Y yo despierto.

Allí está, a centímetros de mi nariz, no es tan guapo como lo construyó mi imaginación a partir de su olor. Pero tampoco ando buscando al padre de mis hijos. Así que sólo sonrío, amodorrada, agradecida porque me sacó de ese sopor exasperante. Alcanzo a escuchar de manera distorsionada que me pregunta si estoy bien.

Sí... Estoy bien... ¿Por qué no iba a estarlo?

Y entonces recuerdo cuando conocí a Aníbal, mi novio, que me preguntó lo mismo, y pienso que es una estrategia para seducirme y no dejarme ir del tren. Me liberé de una araña, pero ahora estoy a merced de su depredador.

Sólo atino a contestar que no le voy a decir porque no lo conozco, gesto que en el fondo me parece de pésimo gusto, porque lo que Francisco requiere es una respuesta muy sencilla: Un sí, o un no.

Así que sonreí y le aseguré que era una broma.

Ahhhh, le dije, espero que no te lo hayas creído, Francisco.

Y entonces me dijo que no se llamaba así, que se llamaba Joaquín, porque su mamá quería que le pusieran asá, y su papá más asá, y resultó que se pelearon en pleno bautizo, y le pusieron Joaquín como el padre del cura que lo bautizó. ¿De verdad me importaba cómo se llamaba este cabrón? En ese momento ya tenía ganas de tener sexo con él, por lo tanto sí debía de saber cómo se llamaba, por dos razones: Una, para registrarlo en mi contabilidad personal. Dos, para que cuando termináramos, no tenerle que preguntar el molesto “¿cómo te llamas?”. Y allí es cuando escuché una voz interior que siempre me dice cosas como: Sofía, no vale la pena; o Sofía, toma tus

cosas y vete; o Sofía, ve con todo por él... siempre y cuando no lo quieras para el padre de tus hijos.

Platicamos por casi una hora. Nos pusimos al día, aunque nunca nos hubiéramos visto antes. Él era de Hermosillo, y viajaba a Guadalajara. Por lo menos no se iba a bajar en las próximas dos horas. Era administrador de empresas, y estaba abrumado por el trabajo que tenía. Lo acosaba su jefe. Sexualmente. Eso lo perturbaba. Decía que no quería hablar de eso, pero terminaba siempre hablando de lo mismo. Si yo le contaba alguna cosa de mi carrera, él terminaba interrumpiéndome y llegaba al punto del acoso. Le pregunte dos cosas importantes. No creí las respuestas que me dio. La primera fue:

¿Por qué no renuncias?

Me dijo que porque era un muy buen trabajo, y que no quería perderlo. Que aunque el sueldo no era tan bueno, tampoco era malo, pero lo mejor de todo era la posibilidad de crecer.

La segunda pregunta fue:

¿Qué loción usas?

Me dijo que ninguna.

Y luego agregó un triste: ¿Por qué?

Fue cuando me di cuenta de que este tipo es de cuidado. No hay que confiar en él. Habrá tal vez que hacerle caso a la voz interior, aunque sigue quedando claro que no lo quiero para padre de mis hijos.

Joaquín: Efectivamente, me pusieron Joaquín porque el pleito entre mi madre y mi padre por mi nombre fue tan descomunal, que el cura que me bautizó decidió por fin

ponerme Joaquín, como su padre. ¡Fíjense nomás qué cosas! Ahora resulta que me llamo como el padre de un cura que no volví a ver. Y como el parecido con mi papá es asombroso, pues me dicen Alberto.

Ella me veía con ojos escamados. No me creía mucho lo que le estaba diciendo, todo ese rollo sobre mi nombre, así que le tuve que inventar que tenía un jefe que me acosaba sexualmente.

Eso como que da caché con las mujeres, porque se empiezan a preguntar por qué un tipo va a acosar a otro. ¿Será que ya le vio el miembro en el baño? También hay el mito de que los gays tienen mejor gusto que las mismísimas mujeres. Platicamos de lo crueles que son los homosexuales para eso de la belleza física, o más bien de la fealdad. ¡Verás muchas mujeres bellas emparejadas con batos medio feos! ¡Pero nunca un gay guapo con uno feo!

Ella me vio, y así, aparentemente sin pensarlo, pero por supuesto que muy meditado, me soltó la pregunta:

¿Eres gay?

La reacción natural es soltar la risa. Si es que hay una reacción natural a una pregunta tan infrecuente. Porque esas cosas, de acuerdo a la moral y las buenas costumbres, no se preguntan. El caso es que no me reí.

Muy serio le dije que no.

Y ella entonces me creyó, y le brillaron los ojos. Me gustaría que le hubieran brillado de amor, pero no. Bueno, la verdad es que no es cierto, esa es otra de mis mentiras. Pero sí relajó la mirada. Me puse de mucho mejor humor. Me distrajo la araña que bajaba a poner sus huevos sobre la cabeza de ella. Me puso alerta, me hizo, instintivamente,

pasar la mano sobre su mollera y darle en la madre a la arañita que la asolaba... Es un decir.

Ella me preguntó sobre mi loción.

Soy alérgico, me salen grandes ronchas, pero otra vez vi cómo volvía la incredulidad a su mirada.

Me contó que era actriz, y allí si no le creí nada, aunque luego me dijo que de teatro, y yo he ido cuando mucho tres veces al teatro en mi vida.

¿No haces cine? ¿Televisión? ¿Radionovelas?

Había un mecánico que todas las tardes escuchaba una radionovela que se llamaba “Arroyo de sangre”. Diosdado Aldaco, se llamaba, y yo recordaba como Diosdado no le hacía caso a quien osara llegar al taller a la hora de la radionovela. Yo iba con mi padre, en las tardes, que era a la hora que él podía ir. Pero Diosdado estaba ido, y nunca le resolvía nada. De lo poco que me acuerdo, es de la voz del narrador, y de la protagonista. Sofía podría tener esa voz.

Le pregunté sobre “Arroyo de sangre”.

¿Qué?

Sí, ¿de casualidad no trabajaste allí?

Y me di cuenta que, a menos que Sofía hubiera empezado muy joven como actriz, sería imposible que fuera ella.

Los que hacen las radionovelas también son actores o actrices, ¿no?

Sí, me dijo, pero ya no se hacen. ¿Quién va a querer escuchar radionovelas? Se burló un poco.

Los viejos, dije. Diosdado Aldaco, el mecánico del que te platicué.

Pero resulta que no le había platicado nada. Tal vez si yo le hubiera contado todo lo que esa historia cursi transmitida por un radio viejo, con fidelidad cuestionable, causaba en un grupo de hombres recios y reacios al amor en la vida, se hubiera entusiasmado por hacer una radionovela. Pero en lugar de eso, se burló de mí, asegurándome que lo que había hecho mucho, eran fotonovelas.

Mejor cuéntame por qué hueles así, me dijo.

Nunca nadie me había dicho que olía bien. A decir verdad tampoco me dicen que huelo mal. Mi olor es tan indiferente que pocas veces reparo en él.

Pero ella insistía en mi gran aroma, y yo le insistía que si alguien me rozaba la mano y me transfería una partícula de perfume, me podría enronchar. No se me cerraba la garganta, ni nada de esas cosas macabras, pero una vez mi hermano, enojado, me echó unas gotas de su loción, y...

Ella insistía tanto, que llegué a la conclusión que lo que olía bonito, era el interior de las fosas nasales de Sofía.

A ver, a ver, ¿entonces se supone que cada vez que estornudas, rocías de aromas bellas por todos lados?

Ella me aseguraba que, nada más entré yo al vagón del tren, y la fragancia la inundó. De plano me confesó que la excitó tanto, que aunque yo estuviera feo, ella se hubiera ido a la cama conmigo. No supe si tomarlo como un elogio, o como una ofensa. Pero sentí bonito. No amor, insisto, pero sí algo especial. Para entonces ya estábamos muy cerca de Navojoa.

¿Y si nos bajamos en Navojoa? Le propuse súbitamente, sin pensarlo, por supuesto. Ella iba dizque a una audición con Mel Gibson, para el personaje femenino principal.

¡Con más razón quería bajarme en Navojoa! Imagínense, si lograba lo que todos estamos pensando, nadie me lo iba a creer en unos años.

Sofía: ¿En Navojoa? ¿Qué hay en Navojoa?

Joaquín: Pues... hay un estadio de beisbol... Y algunos restaurantes... y hoteles.

Sofía: Eso hay desde San Quintín, hasta Mérida. ¡En todas partes!

Joaquín: ¿Qué te gustaría que hubiera?

Sofía: Pues... Por supuesto que un teatro.

Joaquín: ¡Hay una casa de la cultura!

Sofía: ¡Y seguramente también hay una catedral!

Joaquín: Está la laguna de Náinari... ¡Y entonces me lo soltó así como cuando me preguntó que si era gay!

Sofía: ¿Quieres coger?

Cuarto de un hotel de paso.

Sofía: Aquí no es Navojoa. Aquí es Mazatlán. Nos fuimos de paso. Terminamos aquí porque se nos pasó una ciudad, y otra, y otra, y aunque las ganas de coger, esas sí no se nos pasaron, decidimos, por fin, bajarnos aquí. Él ya estaba muy cerca de su destino, y a mí me faltaba más de la mitad. Hacía mucho calor, de los dos calores, pero era claro que ambos calores con un vaso de agua fría se quitaban. A menos que viniera el amor a echarlo todo a perder. Pero a mí me cuesta mucho enamorarme de dos al mismo tiempo, y en ese momento, mi gran amor sin duda era Mel Gibson. ¡La verdad es que el aroma de este cabrón me traía muy estúpida, y la otra verdad es que yo no soy muy fanática de los viejitos. Así que Mel era nada más interés profesional.

Reconozco que lo más que me gustaba de Joaquín era su aroma. Me refiero a lo corporal, a lo verdaderamente animal, porque por otro lado también fue amable. Hubiera estado muy bien que tuviera un poquito más de sentido del humor, pero no se puede todo en la vida. Es bueno para el sexo, tampoco nada del otro mundo, y pasó algo que les tengo que contar, que es casi mágico:

Cuando estaba con Aníbal, del que no les he contado mucho, porque hasta la fecha me duele hablar de él, resulta que por las noches, en su casa cuando daban las 11:56 pm, sonaba una alarma de reloj. Muy despacito. El papá de Aníbal fue relojero, un tipazo, el viejo, y entonces en esa casa iban y venían los relojes.

Un día, Aníbal llegó con una bolsa de relojes que le regalo su papá. Relojes *Casio*, de esos de batalla, nada del otro mundo. Por lo tanto, Aníbal guardó la bolsa en quién sabe dónde. El caso es que todas las noches una de las alarmas sonaba a esa hora: Las 11:56. A veces, en plena acción sexual, sonaba la alarma, y nos daba risa. Aníbal prometía que iba a buscar la bolsa de relojes para desactivar la alarma, pero la verdad es que no era molesto... ni tampoco buscó nunca la bolsa...

Hasta que aquello se acabó. Me refiero a la relación. Valió madres por situaciones que no voy a contar ahorita. Sobra decir que cuando estaba bien con Aníbal, yo me sentía muy segura. A tal grado, que cuando ya no estaba con él, y tenía miedo, juro que, a las 11:56 pm escuchaba una alarma de reloj igualita a la de la casa de Aníbal... ¡De veras! Suena muy fantástico, y lo es. Una vez me pasó en el centro de Tijuana. Me equivoqué y me bajé del taxi en un lugar que no era. Ya era muy tarde, así que tuve que caminar para llegar a la Avenida Revolución y así poder tomar otro taxi. Pero cuando me faltaban un par de cuadras para llegar, en la esquina había cuatro cabrones

metiéndose quién sabe que cosas en el cuerpo. Se veían malandros. Estaban muy acelerados. Yo no tenía otra opción más que pasar por allí, o regresarme por donde venía, aunque esa posibilidad se esfumó rápidamente porque me vieron de lejos.

Dos de ellos empezaron a caminar hacia mí. De pronto me detuve. Paralizada. Sin siquiera parpadear. Llegaron hacia donde yo estaba, y uno de ellos me dijo:

¿Qué traes, morra, te podemos servir en algo?

Y en ese momento, empecé a escuchar la alarma.

¿Me puedes dar la hora?, dije sin titubear.

Van a ser las doce.

¡Exactamente, cabrón!, le reclamé.

El otro se empezó a reír por lo bajo.

¿Y tú de que vergas te ríes? ¡Ayúdale a este imbécil!

Ya, pues, ya. Relájate, morra, son las 11:56...

¡Pues a chingar a su madre, que ya es muy tarde!

¡Y los malandros se hicieron a un lado! Estaban totalmente desconcertados.

Todavía me faltaban dos por librar, pero esos ya nada más me voltearon a ver. ¡Ni un solo comentario! Llegué sin problemas a mi casa. También llegué sin sustos, tranquila.

Pues esa chingadera se me activa cuando tengo miedo, o cuando voy a tener miedo y todavía no lo sé. Y con la novedad que se activó esa alarma en Mazatlán.

Habíamos pasado una travesía para llegar al hotel.

¿Y por qué de paso?, le pregunté a Joaquín.

Pues porque no hay de otros.

Al principio no nos querían dejar entrar, porque para empezar, veníamos a pie, y para terminar, traíamos maletas. Y al final, ya se relajaron, y hasta pudimos negociar que nos rentaran por más tiempo el cuarto. Doce horas. Entre el cansancio, la calentura, el aroma hermosa de Joaquín, y el temor de tener sexo con una persona por primera vez, se nos fue el tiempo volando.

Ni siquiera desayunamos. Planeamos que al día siguiente, yo me iba a la estación de tren a seguir mi viaje, y él a la de autobús para irse a Guadalajara. Amanecimos de muy buen humor. El buen amor provoca buen humor. Y nos dimos cuenta que no habíamos intercambiado datos. ¡Qué curioso! ¡Intercambiamos fluidos, pero no números telefónicos!

¿Sabes que siempre supe que la Laguna de Náinari no está en Navojoa, sino en Ciudad Obregón?

Joaquín: ¿Y logré impresionarte?

Sofía: Más impresionada que con tu aroma, imposible. ¿Me vas a decir?

Joaquín: ¿Qué?

Sofía: El perfume.

Joaquín: (*Vacía la maleta*) Mira. No hay perfume, ni siquiera un triste desodorante.

Sofía: Pues entonces yo estoy loca.

Joaquín: Pues tal vez.

Sofía: ¡En la madre! ¿Escuchas?

Joaquín: No.

Sofía: Es una alarma.

Joaquín: Ni escucho alarmas, ni huelo aromas de otro planeta.

Sofía: ¡Bueno, ya vámonos! ¿Qué hora es?

Joaquín: Las 11:56

Da igual Navojoa, Los Mochis o Culiacán. Incluso en el mismo tren, si fuera uno de esos antiguos, con dormitorios. Pero fue en Mazatlán. En la perfecta manifestación del sofoco. Es increíble cómo una acción tan sublime con el sexo, -y no hablo de amor-, se llena de una cotidianidad pasmosa que apunta a una relación estable, porque pues había que conseguir un hotel, y ella quería uno de lujo, no uno de paso. Mi padre decía que para la luna de miel, había que conseguir el mejor hotel, más que la mejor playa, porque es en el cuarto de hotel donde uno se la pasa todo el tiempo. ¡Pero esto tampoco era una luna de miel! ¡Y luego ella queriendo saber a cada instante a qué huelo!

Llegamos muy noche y el taxi nos dejó en el malecón.

Antes el taxista me dio dos o tres recomendaciones de hospedaje.

Me dijo que me fijara muy bien en las condiciones del abanico de techo de la recepción. Y que eso me daría una idea de cómo estaban los cuartos.

Siempre va a estar peor el de los cuartos que el del lobby. Ya si este está muy jodido, yo le recomiendo que no llegue.

A esas alturas poco me interesaban los abanicos. Lo que yo quería era donde posarme con Sofía, y luego dormir. Dos hoteles estaban llenos, y el otro era muy caro para los efectos de uso que le íbamos a dar.

Entonces lo que usted busca es un hotel mugriento, me dijo el tipo del hotel caro.

No.

Uno de paso.

Sí, como todos los hoteles.

Qué gracioso.

Barato, de paso, pero no mugriento.

Caminamos por una lomita para llegar a una especie de hotel-hostal. Lo de hostal era el pretexto para darle un maquillaje de posada decente, pero el jabón en el baño los delataba. También tenía una opción de luz de color morado, que le daba un toque seductor, supongo, pero desagradable para la pupila. Tal vez era una manera de obligar a los amantes a cerrar los ojos, para que la actividad sexual pareciera provocada por el amor. Que uno descubra que el amante cierre los ojos, da una sensación de seguridad. Falsa, eso sí, porque para imaginar otros escenarios amorios, con otros protagonistas, basta justamente con eso, con cerrar los ojos.

¿A qué hueles? Me dijo.

Yo ya no le contesté. En el hostal se les hizo sospechoso que llegáramos caminando y con maletas.

No son de aquí, ¿verdad?, me preguntó el recepcionista-guardia-conserje.

Si fuéramos de aquí no buscaríamos un hotel, le contesté.

Mi respuesta me parecía realmente brillante, pero él sonrió con ganas de preguntarme si me acababa de caer de la cama.

Bueno, a lo que me refiero es que nadie busca un hotel en su ciudad con maletas en mano.

Me dijo que a más tardar nos teníamos que salir a las cuatro de la mañana. Que si estábamos conscientes de eso.

Yo quería salir a las doce del día, por lo menos.

Él me dijo que entonces tenía que pagar tres veces, porque me aseguró que doce entre cuatro era tres.

De todos modos, pagando eso, me salía más barato que en el hotel en donde el recepcionista se ofendió.

Te pago el doble por las doce horas, porque además aquí en la recepción no tienes abanico de techo, y no puedo saber la calidad de tus habitaciones.

No sé si lo de los abanicos en los techos sea un código común en Mazatlán, porque el tipo accedió a cobrar dos por tres sin alegar más. Nos dio instrucciones precisas y de memoria:

Aquí tienen dos toallas el agua caliente está del lado izquierdo no está permitido poner música ni siquiera bajita la luz morada es el último apagador del lado izquierdo el control de la televisión está en el cajón de abajo del buró el jacuzzi está fuera de servicio si quieren ver una película tienen que pagar por ella porque solo son gratis las de Golden Choice y no se permite que entren más de tres personas.

Lo que me quedó claro, es que en Mazatlán no son muy amantes de los tríos. El tipo preguntó tres veces prácticamente sin respirar si teníamos alguna duda. Como que le urgía que ya nos retiráramos a nuestros recién rentados aposentos.

Sofía se veía también cansada, pero alerta, con unos ojos como de plato, y las aletas de las fosas nasales en una actividad constante. A mí me empezó a embargar cierta emoción. Ella me gustaba mucho, y el inminente sexo que me esperaba me hizo que temblara un poquito, y que no pudiera abrir la puerta del cuarto.

¿Tú gritas mucho? Me preguntó Sofía.

Pues así de que salga a gritar cada cierto tiempo a la calle, o a la plaza, o al campo, pues no.

Ella se rió. Me gustaba que se riera. Manifestó preocupación por la prohibición de poner música. Y entonces yo le devolví la pregunta:

¿Gritas mucho?

No sé, me dijo, porque nunca me oigo en esos momentos.

¿Entonces eres de las que cierran los ojos? Porque si es así, la luz morada no va a ser necesaria.

Entramos. Ella se fue directo al baño, me senté en la cama. Vi la tele, y sin prenderla, pensé si Golden Choice sería suficiente para excitar a los amantes constantes... o a los añejos. Esa noche yo no iba a necesitar absolutamente nada, a pesar del cansancio. Prendió la regadera, y me pregunté si ese era el momento apropiado para meterme yo también a bañar, pero pensé que no era muy buena idea esta cosa de meterte a bañar con alguien, cuando no has tenido sexo con ella. Como que el baño en pareja es para viejos conocidos.

Y entonces el pensamiento me jugó una mala pasada, y me fui a otros lugares, a otros tiempos, con otras personas, pensando en otras primeras veces, hasta que la presencia de Sofía me trajo a la realidad: Mazatlán, en un hotel de paso rascuache. Ella estaba recién bañada, con el pelo todavía mojado, en pijama.

Sofía: ¿Te decepcioné?

Joaquín: ¿Por qué?

Sofía: Porque me esperabas en negligé. O por lo menos en calzones.

Joaquín: En realidad la esperaba sin calzones, pero a esas alturas de la relación, como fuera.

Me voy a bañar, le dije. Ella se interpuso.

Sofía: ¡Hueles delicioso!

Joaquín: Me empezaba a preocupar esa enfermedad que tenía metida en la nariz.

Voy a oler mejor si me baño. Además, me voy a sentir como más... como más...

Sofía: ¿Dispuesto?

Joaquín: Más echado pa' delante. Eso lo pensé. Pero en realidad dije que iba a sentirme más seguro de mí mismo.

¿Más dueño de la situación?

Sofía: Como que el tipo habla correcto, pero antinatural.

Joaquín: Busco las palabras. Es una tradición familiar.

Sofía: ¿No estaría mejor que de vez en cuando dijera verga?

Joaquín: ¡Puros putos miedos escondidos tras la corrección fingida! ¿Y si hoy me desfogo?

Sofía: A la mañana siguiente me confesó, veladamente como es, que esa noche se desfogó.

Joaquín: Fue una relación sexual hermosa.

Sofía: Fue una cogida bonita.

Joaquín: Tímida, por ser la primera vez, pero luego nos soltamos.

Sofía: Lo bueno es que somos adultos, y aunque empezamos chiveados, después le dimos vuelo a la hilacha.

Joaquín: Me hubiera gustado hacer alguna locura, pero me dio pudor.

Sofía: Eso sí, una hilacha muy decente. Casi llegamos al sexo oral.

Joaquín: Y luego nos quedamos abrazados, como si fuéramos viejos amantes.

Sofía: Y luego yo me acurruqué con él.

Joaquín: ¿Hasta dónde debes de mostrar confianza en la mañana siguiente de una noche sexual con una mujer que conociste en un tren? Porque la confianza dice muchas cosas. La confianza genera un placer dis-gustoso. Y la desconfianza también. Estamos en ese momento en el que ni para atrás ni para adelante.

¿Y por qué me imaginaste como Francisco?

Sofía: Ni duda que hablaba raro, para ser un licenciaducho en administración de empresas. ¿Será gerente de la Coppel?

No te imaginé como Francisco, sólo fue el primer nombre que se me vino a la cabeza.

Joaquín: ¿Eres muy religiosa?

Sofía: Es clarísimo que las muy religiosas, solemos hablar de Franciscos cuando cogemos en un hotel de paso de Mazatlán con un güey que acabamos de conocer en el tren, y que huele delicioso.

Sí. Por eso lo de Francisco.

Joaquín: Pero yo podría ser un psicópata.

Sofía: Son los calvarios que nos toca vivir a las muy católicas como yo.

Le quería decir que yo pensaba que los psicópatas también tienen su corazoncito, pero podría entonces parecer yo la desquiciada.

Joaquín: Ya dime.

Sofía: ¿Qué?

Joaquín: ¿Sigo oliendo bien?

Sofía: Sí...

Joaquín: ¿Tu idea de oler bien no es el olor a incienso? ¿O el aliento a vino del cura?

Eso le quise decir, pero ya hubiera sido, además de descortés, desequilibrante... O

no... Mejor sin preguntas:

Es el mejor halago que me han hecho.

Sofía: Sí...

Joaquín: Tengo muy buen olfato, pero yo no percibo nada.

Sofía: Será un bonito recuerdo.

Joaquín: ¿Y el acostón?

Sofía: ¿Qué tiene?

Joaquín: Nada...

Sofía: Estuvo bien.

Joaquín: Mmm.

Sofía: ¿Por qué le dices acostón, y no... digamos... cogida.

Se quedó mudo.

Sofía: ¿Te decepciona?

Decidió no decir nada. Como que sentíamos la obligación de hablar de lo que había pasado. En realidad no fue nada espectacular la cogida, pero tampoco estuvo mal. Lo necesario.

Joaquín: ¿Qué le digo? Porque así que digas tú, que maravilla de sexo, pues no.

Sofía: Yo te voy a recordar por tu olor. ¿Y tú?

Joaquín: Por la mujer misteriosa del tren con la que pasé una noche en el bungalow mazatleco... ¿De qué te ríes?

¡Como una verdadera desquiciada, así se puso con mi frase! Pinche pensamiento, me volvió a traicionar.

Tienes que revisarte la pituitaria. ¡Porque yo a veces huelo a mierda!

Sofía: La pituitaria es una glándula que tenemos en el cerebro que tiene que ver con lo que olemos. Esa despedida era perfecta. Y de pronto, ¡una alarma de reloj!

¡En la madre! ¿Escuchas?

Joaquín: No.

Sofía: Es una alarma.

Joaquín: Ni escucho alarmas, ni huelo aromas de otro planeta.

Sofía: ¡Bueno, ya vámonos! ¿Qué hora es?

Joaquín: Son casi las doce.

Sofía: ¡Exactamente!

Joaquín: Las 11:56

El camino hacia el no nos volveremos a ver.

Sofía: El camino se veía diferente a la noche anterior. Tal vez era la noche, o la urgencia de tener sexo con mi novio oloroso de una noche llamado Joaquín, pero que en realidad yo le había puesto Francisco. Él se quedó un poco atrás. ¿Me quería ver de lejos? ¿Me quería ver las nalgas? La actriz que haga mi vida, tiene que ser nalgona, como yo. Eso será para un biodrama, porque hay que reconocer que mi vida es intensa e interesante.

¿Qué ves?

No oigo, me contestó.

No oyes, pero ves, y eso será suficiente.

Me desespero cuando no oigo, me dijo, mientras me alcanzaba. Pienso que sí deberíamos tener la posibilidad de comunicarnos, de saber el uno del otro. Me gustaría saber cómo te va con Mel Gibson. Me gustaría verte en el cine, me gustaría ver la película contigo, aunque ya sé que vas a estar rodeada de felicidad.

Y entonces allí estoy, pensando en que si la felicidad de la actuación es tan efímera e intensa como la felicidad del orgasmo.

Distintas, diría Joaquín Francisco.

Pero no dijo nada porque no le pregunté. El pudor del pos-coito me frenó. El cuerpo es sabio, porque a pesar de haber sido manoseado por prácticamente un extraño, se refugia en el pudor para pintar la raya con el invasor.

Alargué los pasos para quedar otra vez frente a él. Mientras seguíamos caminando para llegar a una avenida principal de Mazatlán. La vida que le daba la mañana a la colonia, reveló que era de mala muerte. Así que yo prefería ir adelante.

Joaquín: ¿Por qué se adelanta?

Sofía: ¿Por qué se queda atrás? Lo veo por el olor. Temo que me estoy volviendo loca. O cuerda. Percibo una transformación que no estoy segura si debo dejar que llegue. Debo de pensar, en cuanto lleguemos a una calle principal -¡Carajo!, ¿cuántas calles principales tiene Mazatlán?- y cada quien tome su taxi, en lo que le voy a mostrar a Mel Gibson.

Debo de pensar que todo esto que me sucedió antes de llegar a Mérida, es una premonición de que, después de conocer a Mel Gibson, mi vida ya no será igual.

Será lo suficientemente sensible para entender la emoción de mis poros al generar una liminalidad absoluta. Eso no se lo puedo decir a Joaquín, porque no habría tiempo para explicárselo:

¿Qué piensas de la liminalidad absoluta?

¿Mande?

¡Lo que ya sabía que iba a pasar! ¡Se aturdió!

Joaquín: Yo creo que sí está loca. Tengo que contestarle una pregunta que ni siquiera sé a qué campo se refiere.

¿Es una pregunta de filosofía, o de ingeniería civil?

Su rostro mostró decepción disfrazada de no-importa-no-te-preocupes-tu-no-tenes-la-culpa-de-moverte-en-el-limitado-mundo-de-las finanzas.

Las finanzas, aunque no lo creas tienen su complejidad. Por ejemplo, ¿cuánto te va a cobrar el taxi de la calle principal a la estación de tren?

Sofía: ¡Definitivamente su aroma lo salvaba! Y ya iba siendo hora de que pusiera en una balanza ese olor perfecto, con la idea de que era administrador de empresas.

Joaquín: Creo que la impresioné. Porque ya no dijo nada en todo el camino. Se subió a un taxi. Yo me quedé aturdido durante unos minutos, y luego pensé que podría quedarme un día más en Mazatlán. En ese mismo hotel, en nuestro bungalow.

Sofía: El tipo sí está bien pirata. Alcancé a ver cómo se regresaba, y subía caminando por la calle. ¿Se le olvidó algo?

Joaquín: Tuve la sensación de que había olvidado algo en el hotelucho de paso, por eso volví, sólo para enterarme de que no, en lo absoluto. Así que renté el mismo cuarto y me metí a la cama, entre sábanas sucias, películas porno-light y una luz que

acentuaba mi deseo de salir corriendo a buscarla al aeropuerto, librar todos los filtros, y lograr subir al avión sin pase de abordar, para gritarle enfrente de todos:

Sofía, ¡te amo, aunque tu pituitaria no te funcione!

Pero no.

Esto no era una película, y además ella se iba a ir en tren, no en avión.

Así que me dormí.

Sofía: Creo que el tipo no me merecía. Nunca valoró el alboroto que provocaba en mis fosas nasales. Así que llegué a la estación de tren, esperé más de la cuenta, me subí finalmente, y recargué mi cabeza, que me punzaba.

¡Es hora de tirar a la basura las últimas treinta y tantas horas de mi vida! ¡Ahora sólo está en mi horizonte Mel Gibson!

Mel Gibson y Mérida.

Sofía: ¡Ya llegué!

Nadie me volteo a ver.

¿Dónde está Mel Gibson?

Inmediatamente se me acercaron dos tipos como de dos metros y con cara de pocos amigos.

¡Go away!

Soy actriz.

¡Go away!

Grité con toda la fuerza de mis pulmones.

¡Soy actriz! ¡Vengo a ver a Mel Gibson!

Ellos se paralizaron. Debió de haber sido mi inglés, porque parpadearon extrañamente.

¿What is your surname?

Eso a ti no te importa, quiero ver a Mel.

Si les importaba, porque no me dejaron en paz, hasta que verificaron en una lista que estuviera mi nombre. La lista era muy larga. En el inter, puedo contarles que llegué con bien a Mérida. No hubo ningún otro oloroso que se haya atravesado en mi camino. No pude conocer Mérida porque inmediatamente me subí a un autobús lleno de mujeres como yo. Hasta paradas iban. Todas a la audición con Mel Gibson.

¿Eres actriz? Me preguntó una.

La duda ofende.

Es que pareces, me dijo.

En este caso, la duda halaga. Todas aquí somos actrices, seguramente.

No, me dijo, yo no. Yo voy porque también andan buscando asistentes para el Sr. Gibson.

¿Y hablas inglés?

¿Será necesario? Lo preguntó en serio.

Yo tenía dos opciones, o la ilusionaba más, o la seguía hundiendo. Adivinen cuál escogí.

¿Estudiaste cine?

¿También era necesario?

Mira, no es por desilusionarte, pero no creo que tengas ninguna posibilidad.

¿Tú estudiaste cine?, me soltó la pregunta con actitud de “a ver, a ver, ¿cómo vas a salir de esta?

No...

¿Hablas inglés? El sopor se acentuó. El calor del exterior aunado al amontonamiento de mujeres ilusionadas por trabajar con el gringo pendejo-millonario ese, quemaba la garganta. Me mareé levemente, y apenas alcancé a contestar que no era necesario, que lo que querían era que habláramos en español. Pero que de todos modos yo sí hablaba inglés. Con acento mexicano... pero hablaba.

¿Y cómo sabes que no van a querer que también las asistentes hablen español? A lo mejor Mel quiere practicar su español.

El argumento me dejó muda. ¿Qué podría contestar ante una contundencia tan pendeja? Nada más asentí, soltando un “mmm” muy sereno. Con ese calor, con esos olores, no se me antojaba mucho debatir sobre el español de Mel Gibson.

Y tú no eres de por aquí, ¿verdad?

¿Y tú sí?

De Veracruz.

Y entonces empezó a hablar de ella, y de su pasado, y de todo lo que tuvo que pasar para llegar a ver a Mel Gibson. Me puse en modo “amable, pero me importa un pito”. Esto es, con una sonrisa congelada, asintiendo aproximadamente cada treinta segundos, y cerrando los oídos de tal manera que su voz era sólo un ruidito. Empecé a quedarme dormida. Entre el arrullo de la plática intensa de la veracruzana, lo mal dormida que venía por la aventura con mi hombre oloroso, y el calor del camión, pues ya no supe en qué momento se me cerraron los ojos.

¡Y entonces el guarura nos gritó que nos moviéramos! Salió un gaycito y nos observó en la fila. Creo que esa era otra selección. Ya la selección en vivo, porque esto era un

pre-callback, que porque no se podía juzgar el talento en una fotografía. El gaycito, prepotente, como todos los gaycitos del mundo del espectáculo, sólo nos veía, y levantaba un dedito. Una asistente tomaba nota, y seguía de paso. Se detuvo conmigo, me señaló, y se fue.

¡Oiga, señor!, ¿qué significa eso?

Volteó a verme como si yo fuera una reclusa que se hubiera salido de la fila, y se acercó, amenazante. Y la asistente, detrás de él, con cara de “ya-sacaste-boleto-morra-pendeja”. Él Llegó hasta mí.

¿Qué dijiste?

¿Qué significa esto? Y le paré el dedito.

Hizo una pausa, me miró de arriba a abajo, y me dijo:

Eso significa... que tu carrera... está ¡a-ca-ba-da!

Se podía escuchar el sonido de las alas de las moscas que estaban alrededor.

Pe, u, te, o.

¿Qué dijiste?

Pe, u, te, o.

El gaycito se empezó a encender, la cara se le puso colorada, y tronó los dedos. Llegó un gringo de dos metros. El gaycito le peló unos ojos, que fueron suficientes para que el gringote me dijera algo en inglés. No entendí muy bien, así que el tipo me señaló la salida. La asistente empezó a revisar sus apuntes, cuando el gringote me agarró del brazo para sacarme.

¿Cómo te llamas? Me preguntó la asistente.

Sofía Morales.

¡Y entonces sucedió el milagro! Algo le dijo la asistente al gaycito, el gaycito le dijo algo al gringote, se echaron otra ronda de dimes y diretes, hasta que el gaycito se fue muy ofendido. El gringote corrió atrás de él, y la asistente me dijo:

No te vayas a mover de allí. Entonces se acercó la veracruzana y me dijo:

¡Cómo se me hace que ese gringo anda en artes amatorias con el pe, u, te, o! Y luego se fue. No la volví a ver. Seguramente no la contrataron.

El milagro se remite solamente a que no me sacaron a patadas de allí, porque me tuvieron formada cerca de tres horas más. Yo me caía de sueño, así que terminé sentándome en el raso del sol. El maquillaje se me estaba corriendo, la garganta estaba seca, pastosa, y yo tenía unas ganas de salir corriendo y de tomarle la palabra al gaycito de que mi carrera estaba a-ca-ba-da, y regresarme en ese momento a mi casa. Pero tampoco estaba muy segura de tener fuerzas para eso. Y todavía faltaban como treinta morras más para llegar a mi encuentro con Mel.

¡Sofía Morales!

¡El segundo milagro del día!

La asistente del gaycito gritó desde la puerta del edificio-objetivo. Grito como si no supiera que era yo. Y sí, se hizo pendeja cuando llegué a ella.

¿Tú eres Sofía Morales?

¿Y tú quién eres?

¿Qué?

¡Sí! Te la has llevado preguntando mi nombre, pero pura madre me dices quién eres!

¡Pues fíjate que no tengo que decirte mi nombre! Para entonces la asistente ya estaba muy encabronada.

¡Pues fíjate que a mí me vale madre tu nombre!

¿Y entonces para qué me preguntaste?

¡Pues nomás!, para joder, seguramente!

Me metió al edificio. Era un foro de cine bastante grande. Todo el diseño de arte parecía una selva, como del tiempo de los mayas. ¡El lugar era hermoso! ¡Y mira estos cabrones! Todavía no elegían a la protagonista, y ya tenían todo el escenario! ¡Hermoso, de verdad!, con una profundidad exquisita! Y eso que estaba medio oscuro, ¡imagínense cuando estuviera iluminado! Si yo iba a ser la co-protagonista, tenía derecho a explorar mis escenarios. Así que le pregunté a la asistente:

¿Y va a ser antes o después?

¿De qué?

Esta asistente, si no se quisiera hacer la prepotente, podría ser más eficiente.

Ubicarme en el espacio; explorar con mis sentidos la dimensión de la teatralidad; reconocer cada partícula de vida para transformarla en vida en movimiento.

La pinche asistente se quedó muda. No supo qué decir, no supo qué hacer. Hasta que le dije:

¿Te gustaría que en los créditos finales saliera tu nombre antes de la frase: “Miss Morales asistant”?

Y entonces le entró la bipolaridad paranoica:

¡Estás pendeja!... Aunque no es mala idea... ¡Yo ya tengo a quién asistir!... Aunque podría pedir mi cambio.

Y entonces como que se dio cuenta que estaba diciendo puras estupideces, porque muy suavcito me dijo:

¿Por qué no esperamos a que te den el personaje?

La volteé a ver, fijamente, y le zorrajé la frase:

¡Que de eso no te quede la menor duda, mamacita!

Creo que ya me estaba volviendo una diva de verdad, porque en mi puta vida le había dicho a alguien “mamacita”. Es más, ni a mi santa madre le había dicho así.

Por si las dudas, me metí en esa selva maya de mil quinientos y tantos. La asistente ni se percató, o ese espacio no era para ella, porque aquello me transformó, como cuando Hans-Thies Lehmann se posesionó de mí. Y entonces me quedé parada en la mitad de la nada, y al mismo tiempo en el todo constructo. Caminé lentamente, sintiendo la suave rudeza del calor en mi rostro, que bajó hacia mi útero. Y el olor de ese desconocido de nuevo, revolucionado por mi pituitaria. ¡Mi llegada a la gloria! De pronto, se abrió un follaje, para dar paso a la consabida y utópica laguna, con una cascada en el fondo, y con un sol caliente, pero que no quemaba. Caminé hacia allá, algunas mariposas revolotearon, algunos saltamontes me saludaron. Allí estaba Mel Gibson. Encantador, a pesar de sus sesenta y cuatro años. Recostado sobre el pasto. Semidesnudo. Bueno, en realidad, no, pero así lo vio mi imaginación en una primera vista. Volteó y me sonrió. El gaycito llegó corriendo. Le dijo algo en inglés:

Is everything okay, sir?

Yes. Go away.

Are you sure?

Yes, I'm sure.

Todo eso quiere decir que Mel pidió que el gaycito se fuera, lo que se resume a que nos quedamos solos.

You speak English?

Sure.

Ok.

Can you do impro?

¿Me pidió que improvisara? ¿Mel Gibson me pidió que improvisara? ¡Las once cincuenta y seis! ¡Empezó la alarma a sonar! Sin duda estaba fortalecida... Así que a trabajar.

Of course, le contesté, y aquí te voy. Me paré frente a él, con la cascada de fondo, y permanecí en el espacio... Así nada más... Seguramente Hans-Thies Lehmann estaría orgulloso de mí. Recordé uno de los ejercicios que había tomado en un taller sobre la técnica... sobre ese método... Un aplauso, y la palabra que me provocaba el mismo: Día. Otro aplauso... hierba... otro aplauso... brisa... Me interrumpió Mel:

Can yo say it in english?

¡Me interrumpió este pendejo! ¿Qué le pasa? Sin dejar de verlo, moví mi cabeza hacia el lado derecho, como perrito que entra en trance amoroso con su dueño.

Aplauso... Day... aplauso... grass... aplauso... breeze... Y luego, no sé si fue la presencia de Mel Gibson, o la escenografía, o que en ese momento había logrado la compenetración perfecta, que logré que mi tobillo temblara. La sensación era intensa. Primero fue el tobillo, luego la cadera, después un omóplato... el izquierdo. Porque no es lo mismo que tiemble el izquierdo que el derecho. Mister Gibson me seguía observando. De pronto sacó una bolsita de pistaches, y empezó a comerlos, escupiendo la cáscara y encestándola con perfecta puntería en un pequeño bote de basura a su lado. ¡Estrategias para ponerme a prueba!

Y entonces mandé esa energía que había generado, desde mi tobillo, hasta mi pituitaria. Había que mencionar cada punto que tocara, la experiencia había que hacerla posdramática:

Ankle... aplauso... elkna.

Shin... aplauso... Nihs.

Knee... aplauso... Eenk.

Thigh... aplauso... Hgiht.

Hip... aplauso... Pih.

Waist... aplauso... Tsiaw.

Enough!... Can you start now?

¡Justo fue en el stomach en donde me detuvo, el hijo de su puta madre!

¡Ya había empezado, pendejo!, le grite.

Sorry, I don't speak spanish.

Y de pronto, las sensaciones provocadas por mi energía manejada a través de las evocaciones, hicieron que se me salieran las lágrimas. Entonces Mel ya puso atención.

¡Yo era una actriz que lloraba en escena!

¡Bravo, Bravo, Bravo!, gritaba Gibson, ya parado.

El gaycito llegó casi corriendo.

It's ok, man, le dijo Mel.

Y entonces Mel, por primera vez, empezó a explicarme quién era el personaje. Una mujer joven, enamorada de un anciano por su sabiduría, que dejaba a su familia en la gran ciudad, para encontrarse consigo misma, y poder descifrar los enigmas de la

misa. ¡Qué gran idea! Y entonces llora, porque ha consumado su amor y la emoción la hace temblar.

I can shake my hips, le dije. Y no nada más mi cadera, también puedo hacer que el bazo se convulsione, y que el hígado se crispe.

No lo impresioné. Me preguntó que eso para qué servía. Me dijo que en todo caso, para hacer la película no iban a utilizar una cámara de laparoscopia. Así que no me servía de nada.

¿Y tu personaje se muere al final? Le pregunté.

Por supuesto que no.

¡Qué lástima! Eso último lo dije en español, pero el gaycito, que ya estaba allí, muy ofrecido, el cabrón, muy ojetito, le tradujo. A Mel le dio risa.

¿Quieres que me muera?

No. Quiero que valores mi actuación. Quiero que seas capaz de percibir toda mi fortaleza. ¿O eres de esos cabrones que detestan el posdrama nada más porque no lo conocen? ¡Te lo puedo explicar, si quieres!

Todo esto se lo dije en inglés. Mientras más encabronada me veía, el tal Mel Gibson parecía que se divertía más. La tensión subía, pero a él no le preocupaba. ¡Claro, pinche macho gringo culero explotador de mexicanos! Y todo eso se lo traducía el gaycito, y todo eso le daba más risa a Mel Gibson, hasta el grado de tirarse al piso. Y yo más maldecía... Y él más se divertía... Hasta que de plano no pude seguir diciendo más cosas. Me quedé trabada... Y entonces Mel se recuperó... Me observó otra vez, y me lo soltó así nada más:

El papel es tuyo.

Silencio. Profundo silencio. ¿Escuché bien?

¿Cómo?

El papel es tuyo.

¿Mío?

Eres la ideal.

Otro silencio más profundo, y de pronto... como si me hubiera poseído la mujer maravilla... Retrocedí unos pasos... y corrí... corrí... corrí... Cruce esa selva de mentiras, crucé los estudios... crucé la carretera... y crucé la ciudad de Mérida...

Tomé conciencia cuando estaba en la Central de Autobuses de Mérida, preguntando por boletos para llegar a Tijuana.

¡A la verga Mel Gibson y a la verga la fama y el dinero! Ahorita lo importante es conseguir cuatro mil ciento noventa y cuatro pesos para llegar a mi casa... Eso costaba el pasaje más barato... Todos en la terminal de autobuses tenían la cara del gaycito. Hasta el cabrón de la limpieza, que se veía un tipo rudo. No tengo cuatro mil pesos para llegar a mi casa. Tengo dos opciones, o Mel Gibson, o Joaquín. ¡Carajo! ¿Por qué Salma Hayek no da cursos de templanza?

Y a Guadalajara, ¿cuánto?

Dos mil doscientos cincuenta y ocho pesos... ¿Vas a comprar algo? Tengo fila.

No.

Me quedaban mil ochocientos pesos. Ni a Guadalajara, ni a Tijuana. Pero bueno, Joaquín seguramente me podría ayudar. Le marco. ¿A dónde le marco? ¡Nunca me dio su teléfono! ¡Puto Joaquín, nada más quería coger! ¡Como todos! ¡Como Mel Gibson, también! Regresé a la ventanilla.

¿A dónde me alcanza con mil ochocientos pesos?

A la Ciudad de México, pero le faltaría un peso. Vale mil ochocientos uno. Caminé por toda la estación de autobuses buscando un puto peso, para llegar a la Ciudad de México, porque por supuesto que la *ventanillera* con cara del gaycito pura madre me quiso perdonar el peso. Y justo en esa búsqueda fue que me tropecé con un cartel que decía que buscaban actores. ¡Pinche Mel Gibson, cómo lo odio! Pero la foto del cartel no era la del Mel Gibson. Era un señor con ojos saltones, muy abiertos, con nariz ancha en la punta y un sombrero de ala angosta, muy característico de la zona, al que le iban a hacer un homenaje, porque acababa de morir. Se veía que era un señor serio, no como el payaso de Mel Gibson. Marqué al teléfono que venía allí. Me invitaron a hacer una audición. Me dieron una dirección, y cuando les dije que no era de Mérida, que venía desde Tijuana, como que se entusiasmaron. Además, estaban muy cerca de la central de autobuses.

Me senté a esperar. Estaba a miles de kilómetros de mi casa. Mel Gibson me quiso contratar, y no acepté. Y ahora, estaba a punto de unirme a un grupo local, para montar una obra en homenaje a un actor local, cuyos integrantes seguramente no sabían siquiera quién era Hans-Thies Lehmann. Muchas veces mi maestro de posdrama me dijo que el público en México no estaba preparado para entenderme. Que no me debía desanimar. Que siguiera adelante. Que era parte de ese movimiento que, aunque tal vez no lo pudiéramos ver porque nos moriríamos antes, iba a perdurar, y a imponerse como la verdadera esencia del arte dramático.

El Final.

Aquí diversos finales, dependiendo de la edad de la actriz que interprete a Sofía:

Si la actriz tiene entre 25 y 35 años:

Sofía: Ahora sí me regreso a Tijuana. Pienso que debería de buscar a Aníbal e irnos a conocer la Laguna Náinari. Aunque Joaquín ya me localizó. Resulta que estuvo googleando mi nombre cada sábado por la tarde, hasta que por fin salió la publicidad de la obra que estaba haciendo en Mérida, que se llamaba *El tren bola*. Habló al teatro, y al final del estreno, se apareció con un gran ramo de rosas. Ya no olía tan bien. Ese aroma se había esfumado. No se pudo quedar mucho. Me pidió que me fuera con él, pero yo tenía una temporada que terminar en Mérida. Le dije que le hablaba terminando la breve temporada. Ahora sí intercambiamos teléfonos, pero nunca me contestó la llamada. Ahora me ofrecen otra breve temporada. Y creo que la voy a hacer. Porque Mel Gibson ya se fue, pero dicen que el proyecto es grande, y que lo más probable es que haya una tercera película. ¡Ahora sí me va a escuchar el hijo de puta!

Sé que mi maestro de posdrama tiene razón. Así que ya convencí a dos de mis compañeros de *El tren bola*, que pongamos una escuela. ¡Estoy convencida de que Mérida puede ser la meca del posdrama! Por lo pronto, habrá que venerar al pendejo de Stanislavsky, para que resurja en todo su esplendor Hans-Thies Lehmann. ¡Salud!

Esto ya se acabó, ¡y por favor, no aplaudan! Los aplausos no son dignos del posdrama.

Si la actriz tiene entre 35 y 50 años:

Sofía: Regresé a Tijuana después de que no me animé a irme con Joaquín a Guadalajara. Me localizó buscando alguna noticia sobre Mel Gibson y la película en Mérida. Él compraba los periódicos de Mérida, y un día se tropezó con una nota que anunciaba el estreno de una obra en homenaje a un importante cómico local. Le hacían una entrevista al director, y a mí nada más me mencionaban en la bola de nombres del elenco.

Joaquín se lanzó a Mérida, al teatro, y al final del estreno, se apareció con un gran ramo de rosas. Ya no olía tan bien. Ese aroma se había esfumado. No se pudo quedar mucho. Me pidió que me fuera con él, pero yo tenía una temporada que terminar en Mérida. Le dije que le hablaba terminando la breve temporada. Ahora sí intercambiamos teléfonos, pero nunca me contestó la llamada. Hice una obra más y ya teniendo el dinero para el autobús, me regresé a Tijuana. Del tren no quise saber mucho.

Ahora doy clases de filosofía en la universidad. De teatro no, porque a nadie le interesa el posdrama.... bueno, a unos cuantos, pero no lo entienden. Sólo aplauden, como yo, frente a Mel Gibson. Me han ofrecido algunos montajes, pero no me interesan, porque se trataría de venerar al pendejo de Stanislavsky, ¡y eso jamás! Yo no traicionaría nunca a Hans-Thies Lehmann.

Ahora tengo una relación estable con Aníbal, que después de que se divorció, me buscó. Tiene una ventaja. No le gusta el teatro. Estamos pensando en ir a conocer la laguna de Náinari. Por cierto, la película de Mel Gibson se estrenó, y aunque todos los críticos, desde Nueva York hasta Buenos Aires, la alabaron, a mí me parece horrenda. Como que le falta, no se... ritmo... Como que todo es muy directo... Seguramente será recordada como una de las peores películas del Siglo XXI. ¡Así que Salud! Por cierto, esto ya se acabó, ¡y por favor, no aplaudan! Los aplausos no son dignos del posdrama.

Si la actriz tiene más de 50 años.

El viaje a Mérida fue uno de los momentos más importantes de mi vida. Me confrontó con mi propia existencia. Me sentí vulnerable, y aunque los compañeros del grupo de teatro me trataron muy bien, la violencia que ejerció Mel Gibson sobre mí, no la voy a olvidar nunca. Estrenaron la película, pero fracasaron, a pesar de que la crítica, desde Nueva York hasta Buenos Aires, la alabó hasta llegar a lo ridículo. El fracaso fue tal, que ya no hicieron una tercera película. Cuando regresé a Tijuana, me encontré con Aníbal. Se acababa de divorciar, y andaba todo sensible. Y como yo me sentía la viuda de Mel Gibson, pues acabamos en un romance, que terminó hace unos meses. Yo estoy bien. Le agradezco a Aníbal haberme acompañado a conocer la laguna de Náinari. Terminé dando clases de filosofía en la universidad. Dejé el teatro por completo, porque como decía mi maestro de posdrama, el público no está preparado para vernos. Estoy pensando muy seriamente en escribir un libro sobre el tema, en el que explique la maravilla de esta corriente escénica, que los corrientes no aprecian.

Por cierto, ¿se acuerdan de Joaquín? Pues el muy cabrón se lanzó a Mérida a buscarme. La producción de la película ya se había ido, pero eso no lo desanimó. Y cuál va siendo la suerte que vio un cartel de la obra *El tren bola*, en donde se mencionaba mi nombre. Al final del estreno, se apareció con un gran ramo de rosas. Ya no olía tan bien. Ese aroma se había esfumado. No se pudo quedar mucho. Me pidió que me fuera con él, pero yo tenía una temporada que terminar en Mérida. Le dije que le hablaba terminando la breve temporada. Ahora sí intercambiamos teléfonos, pero nunca me contestó la llamada. Y ya lo demás es historia. Ahora, sin Aníbal de por medio, espero nada más la jubilación. Voy a ir a Náinari otra vez, sola. Y allí voy a explorar el enorme vacío que me dejó el pendejo de Stanislavsky, y lo voy a convertir en un potente motor, para encontrar la desjerarquización del drama. ¡Por todo esto, salud! Por cierto, esto ya se acabó, ¡y por favor, no aplaudan! Los aplausos no son dignos del posdrama.

Oscuro Final